

Miriam Larayard 4º B

B

PEQUEÑO BOWIE

A mis veintiocho años y con alguna cana que otra, yo ya estaba cansada de todo, de mi trabajo, de mi vida y de mi rutina. Todos los hombres con los que había estado habían sido unos cerdos conmigo.

Soy profesora de música en una academia, ya empezaba a pensar que era una pésima instructora debido a que ninguno de mis alumnos progresaba. Pero un día conocí a Yago, me dijo que deseaba apuntarse a mis clases. Era un chico alto, espigado pero fuerte. Todavía recuerdo su horario, lunes, miércoles y viernes de siete a ocho.

Desde el primer día que tuve clase con Yago supe que era el mejor alumno que tenía. Demostraba sus ganas de aprender y su simpatía, siempre tenía una bonita sonrisa pintada en la cara, que a su vez hacía que sus negros ojos se hiciesen muy pequeños. Me dijo que tenía diecisiete años. A los pocos días se compró una guitarra, para entonces yo ya me había dado cuenta de lo especial que era, tenía unas increíbles ganas de vivir que me recordaban a mí cuando era más joven, pero ahora yo estaba pasando un mal momento.

Durante una de esas divertidas clases con Yago, me contó que estaba buscando piso, que pronto cumpliría los dieciocho y deseaba independizarse. Yo no estaba muy bien de dinero y mi hipoteca tenía que pagarse de alguna forma. Sin pensármelo dos veces le ofrecí que fuese mi compañero de piso.

Cada día disfrutaba más con él en nuestras clases, era el único que me hacía reír y pasar buenos ratos. Nuestras clases pasaron de una hora a tres. Pasábamos las tardes tocando la guitarra, fumábamos y bebíamos, sin darnos cuenta Yago aprendió a tocar la guitarra mejor que David Bowie. Yo no quería enamorarme de él, sólo era un chaval, pero me lo estaba poniendo muy difícil.

Cumplió los dieciocho y a las pocas semanas se trasladó a mi casa. Convivir con Yago era estupendo, lo pasábamos genial y su energía parecía entrar por todos los poros de mi piel. Me cambió el carácter por completo, le había calcado la sonrisa y ahora era yo la que siempre estaba alegre y activa.

En una de nuestras borracheras nocturnas me confesó que se estaba enamorando de mí, yo ví sus vivos ojos hechos agua y su sonrisa más grande que nunca, sin darme cuenta le dije que le quería y le besé, así empezamos nuestro idilio.

Los días se me pasaban como horas, y las horas como minutos. Cada día lo veía más guapo y más mayor, aunque esto último creo que era sólo una ilusión mía, el deseo que anhelaba. Por muy enamorada que estaba yo era realista y en mi interior sabía que era demasiado joven.

Yago vivía por mí y para mí, yo había perdido la cabeza por él y todo era perfecto. Como una noche más estábamos tumbados en el sofá, esa noche veíamos a Bob Marley en concierto en el canal plus. Serían las once de la noche cuando llamaron a la puerta, fui yo la que decidió estirar las piernas y levantarme a abrirla. Me encontré con un matrimonio cincuentón, entre gritos me dijeron que dónde tenía a Yago escondido, Yago corrió hasta la puerta y me explicó quiénes eran. Esa agradable pareja que casi me comen viva eran sus padres. Yago me mintió, no era mayor de edad, tenía dieciséis años y sus padres se lo llevaron con ellos, se iban a vivir a Londres. Me amenazaron con denunciarme pero dos años después sigo sin noticias de nada ni de nadie.

Mi guitarrista preferido se fue, lo que fácil viene, fácil se va, al menos eso me repito yo cada mañana al despertar para no equivocarme en mis elecciones.

4º Cuenta

PITUFA SUGGLER